

Estructuras binarias en el *Quijote*: la locura especular de don Quijote y Sancho¹

Agapita Jurado Santos
(Università degli Studi di Firenze)

En la sociedad renacentista se produjo un indiscutible interés por el tema de la locura, tanto desde un punto de vista teológico, filosófico o médico, como mítico literario; “On le rencontre partout” (Bigéard, 75), en el teatro, en cuentos populares, adagios, apotegmas, anécdotas y refranes. Ligada a la dimensión trágica de personajes como Orestes y Heracles en la época clásica (Pigeaud, 141); en época renacentista se tiende a considerar la locura igual que una gran irracionalidad de la que nadie es realmente responsable, “ma che ci trascina tutti con una segreta compiacenza” (Foucault, 21). La encontramos en el folclore y en la literatura culta: *La Nave de los locos* de Sebastian Brant o el *Orlando Furioso* de Ariosto recorrieron Europa con diferentes visiones de la locura; y un fenómeno europeo fue asimismo el *Elogio de la locura o encomio de la estulticia* de Erasmo, que plantea un nuevo, más amplio y omnicomprendivo modelo de la razón. Se trata de una racionalidad capaz de reconocer en su interior momentos de irracionalidad, de imaginación, desnaturalizados del elemento trágico. Erasmo estima cuerdos a quienes están dispuestos a reconocer esta locura, dominándola, como momento dialéctico constitutivo, “da integrare e superare nella totalità della ragione” (Scianatico, 27). Según Vilanova (20), la fama de *El elogio de la locura* dio lugar, en España, a una “general predilección por la figura del loco como fuente inagotable de burlas y risas.” Pero en la misma época la locura también se consideró una “enfermedad,” turbadora y desequilibrante, no siempre fácil de definir y delimitar, lo cual dio lugar a una serie de medidas enfocadas a la contención y “cura” de los afectados, medidas que planteaban el problema del reconocimiento de un trastorno que en los siglos XVII y XVIII incluyó a dementes, necios, melancólicos, frenéticos y otros tipos de marginados (Foucault; Duro; Tropé; Atienza). España fue el primer país en el que se fundaron hospitales de locos ya desde inicios del siglo XV: Valencia (1409), Zaragoza (1425), Sevilla y Valladolid (1436), Toledo (1480), etc. Si bien el encierro no fue total, pues los locos participaban en la vida colectiva, en las mascaradas, piezas teatrales, carnavales, fiestas profanas e incluso fiestas religiosas (Duro, 51). También eran tradicionales los desfiles de locos, que en ocasiones servían para pedir limosna y contribuir en la manutención de los hospitales (Tropé, 43).

Quizás por ello su presencia en la literatura goza de una variedad de matices que fue enriqueciéndose a lo largo del tiempo, como nos muestra, por ejemplo, el estudio de las recreaciones quijotescas, donde se pasa de una presentación de don Quijote cercana a lo grotesco y monstruoso de las primeras mascaradas, a una elaboración más compleja y literaria; de un loco deformado físicamente, “desnudo” o vestido con verduras, pieles de animales y armas de palo, en un ambiente de risa carnavalesca, a un loco cuya potencialidad dramática va adquiriendo significados nuevos a través de una comicidad dialógica, basada en el encuentro/desencuentro con otros personajes; en especial Sancho Panza, cuya función de introducir una oralidad dialéctica en la novela, que “obligará a don Quijote a explicar a su escudero los móviles de sus acciones” (Barnés, 58), lo propone como motor de la acción. Gracias a Sancho “penetramos en el proceso dialéctico de la transformación” (Casalduero, 27).

¹ Este texto forma parte del proyecto de investigación *Programa Estatal de Fomento de la Investigación Científica y Técnica de Excelencia*, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad de España: “Recepción e interpretación del *Quijote* (1605-1830). Traducciones, opiniones, recreaciones.” Dirigido por Emilio Martínez Mata, Universidad de Oviedo. Referencia n. FFI2014-56414-P.

En el *Quijote* se ha visto la síntesis de un acercamiento cultural al tema de la locura de los siglos XVI al XVII, la novela sería una especie de encrucijada donde se encuentran reunidas todas las formas, todos los temas de la locura característicos de la época (Bigéard, 156). Temas que la crítica ha estudiado en múltiples vertientes, como la locura literaria, la locura especular (Jurado 2012, 89-90), o por multiplicidad barroca; la locura como manifestación del oxímoron envolvente a lo largo de toda la obra; la locura erasmista; la amorosa; la mayestática o emblemática; la carnavalesca; la locura como juego, o como oposición a la prudencia; entre otras muchas representaciones (Barrio, 83). En el *Quijote* la locura es un hilo conductor fundamental, la condición esencial de su coherencia (Bigéard, 155); multiforme y poliédrica, se expande en una proliferación de relaciones especulares, pues “don Quijote no es ni mucho menos el único loco ni él mismo padece de una única locura” (Barrio, 83): Cardenio, Basilio, el Primo, el loco de Sevilla, o el de Córdoba, pueblan la novela de locuras, desveladas en el encuentro con la razón, en una relación binaria. Como sostiene MacCurdy (5): “la definición por deslinde contrastivo de la locura peculiar de Don Quijote parece ser una de las preocupaciones centrales de Cervantes;” quizás porque como sostiene Combet (402), el loco es aquél que acepta su condición ineluctable de Doble, aunque sin poder renunciar a su búsqueda de la originalidad, de la *différence*. Si, con Otto Rank, entendemos como doble no solo al “sosia,” representado por dos personas diferentes con rasgos idénticos, sino también un segundo tipo que podríamos considerar complementario

puis qu’il compose avec le Héros una entité singulière [...] le Héros et son Double présentent des traits physiques et caractériels différents et parfois même opposés. Chez Cervantès, le doublet don Quichotte-Sancho est une remarquable illustration de cette catégorie. (Combet, 208)

Podemos pensar en la existencia de una relación especular entre don Quijote y Sancho, que unas veces se presenta con las figuras de la oposición, y otras con las de la similitud o igualdad, como da a entender el cura en la novela “parece que los forjaron a los dos en la misma turquesa” (II, 2: 641). Igualdad que ya había observado Casaldüero (68): “son de la misma índole, con una diferencia de la proporción.” Esa identidad, y su diferencia de proporción, es el objeto de mi trabajo, que se centrará en aspectos estructurales y retóricos de la novela, así como en el estudio de las funciones del campo semántico de la locura en la caracterización de los personajes, para observar las formas en que la locura de don Quijote se desarrolla de modo paralelo a la locura de Sancho, la similitud en los principios de construcción de ambos personajes (Close, 39).

Dualidades de la locura

Las dualidades en el *Quijote* son numerosas, y para el romanticismo representaban un ejemplo del contraste entre el ser y el parecer; entre el idealismo y el realismo. Casaldüero (64-65) encontraba que, en la Primera Parte, la novela se desarrolla con un ritmo dual: dos salidas, dos ventas, dos ideales: Dulcinea/la ínsula. También “la agrupación de personajes se somete a ese ritmo: Ama-Sobrino, Cura-Barbero, Don Quijote-Sancho” (65). Parece evidente que Cervantes utiliza la poética del paralelismo, presentando conjuntos semejantes en una ordenación hipotáctica. La dualidad a veces se muestra como oposición y antítesis, otras como plenitud complementaria; también encontraremos simetrías que se refuerzan, “ecos que se multiplican subrayando la primera expresión” (Asensio, 72), reconocibles gracias a la repetición, que conjugada con la variación permite la progresión a través del encadenamiento y una serie de

responsiones (Asensio, 77). Un mecanismo dinámico que consiente a Cervantes el desarrollo de una técnica con la que el personaje no nos es descrito por el narrador, sino que va haciéndose ante el lector (Durán, 87), transformándose en una relación dialógica que potencia las múltiples simetrías y contrastes, y cuya función es la de definir plenamente a sus personajes, a través de los diálogos y las acciones.² En este proceso paralelístico se irán caracterizando don Quijote y Sancho, el primero mostrándonos los rasgos de su locura desde su aparición; el segundo aceptando la posibilidad de que su viejo amo esté en condiciones de conquistar un reino, de asegurarle el gobierno de una ínsula, a pesar de la acumulación de locuras a las que va asistiendo como testigo. Su cualidad de bobo, de estulto, lo acomuna a don Quijote en su falsa percepción de la realidad, en su facilidad para dejarse engañar, y en la incapacidad para deslindar lo que es sensato de lo que no lo es. En la Segunda Parte, el mismo Sancho se dice a sí mismo, en el famoso monólogo en el que busca una desesperada salvación de su mentira sobre Dulcinea:

Este mi amo por mil señales he visto que es un loco de atar, y aun también yo no le quedo en zaga, pues soy más mentecato que él, pues le sigo y le sirvo, si es verdadero el refrán que dice: “Dime con quién andas y te diré quién eres,” y el otro de “No con quien naces, sino con quien paces.” (II, 10: 703)

La sinonimia que establece Sancho entre “loco” y “mentecato,” se repetirá en otras ocasiones, como veremos más adelante, y evoca el título *Morias Enkómion* (*Elogio de la locura o encomio de la estulticia*) donde *moria*: “necedad,” “insensatez,” “locura,” pone sobre el mismo plano ambos tipos de insensatez: la necedad y la locura. Así lo interpretará un dramaturgo como Pichou, que en su tragicomedia *Les folies de Cardenio* (1630) acomuna a ambos locos en el último acto y casi como conclusión de la obra:

Fernant Je connay maintenant le valet et le maistre:
Hier, leur folle erreur³ se fit assez paraistre
En ces prochains deserts. (vv. 2031-39)

Una sugestión que recogerá Guérin de Bouscal en su trilogía sobre don Quijote, donde ya en la primera comedia, *Dom Quixote de la Manche* (1639), hace decir al Barbero refiriéndose a Sancho: “Dom Quixot est moins fou” (v. 388), o el mismo Sancho, cuando relata a don Quijote lo que se opina de ellos tras la publicación de la Primera Parte:

On dit vrayment par tout que vous n’estes pas sage,
Et que je suis encor plus fou d’imaginer
Que vous me donnerez un Ile a gouverner. (vv. 428-30)⁴

² Incluyo en el concepto de diálogo el que establece el autor con el lector a través de las diferentes voces autoriales, cuya importancia en la definición del tema de la locura ha estudiado, por ejemplo, Bravo Vega.

³ *Folie* y *erreur* se asocian en numerosas ocasiones en la obra, vv. 923-24, 1149, 1618, 2004, 2038; mostrando el error como una de las causas de la locura, opuesta a la razón y al buen sentido. Aquí, el *folle erreur* acomuna a amo y criado.

⁴ En la novela (II, 3: 650) es Sansón Carrasco el que cuenta lo que se dice de Sancho: “también hay quien diga que anduvistes demasíadamente de crédulo en creer que podía ser verdad el gobierno de aquella ínsula ofrecida por el señor don Quijote.” Guérin transforma “demasiado crédulo” en “fou,” loco, variante con la que subraya que ambos comparten la misma naturaleza imaginativa, el mismo tipo de locura, como se afirma en otras ocasiones (vv. 450, 549).

Los artistas que leyeron el *Quijote* en años cercanos a la fecha de su escritura, asimilan ambos personajes porque en la época locura y necesidad se percibían similares, incluso iguales; identidad que Huizinga observa en la *Moria* de Erasmo con una cierta perplejidad:

La gente se reía a carcajadas de todo lo que fuese locura, sin discernir entre especies de locura. Es digno de notar que ni aun en la *Laus*, tan exquisita como es, el autor [Erasmo] distingue el necio y el tonto, de los locos y maniáticos. (Vilanova, 59)

La construcción de los caracteres de don Quijote y de Sancho procede como dos simetrías que se refuerzan; Sancho, testigo, ayudante u oponente según la ocasión, conforme va comprendiendo el código de don Quijote, desarrolla a su vez un lenguaje y una mirada imaginativa ante la realidad, hasta el punto de que, al anuncio final de su presentido cese, busca con ansia nuevos sueños, o juegos, que sustituyan el de don Quijote (Torrente Ballester, 91). Ambos se enfrentan a dos realidades opuestas e irreconciliables e intentan salvaguardar el sueño que los mantiene unidos gracias al tácito pacto de que la caballería existe. Cervantes mostrará este proceso ampliamente en la Segunda Parte de la novela, pero lo presenta ya, con todos sus matices de ambigüedad, en la Primera, en el episodio de los cueros de vino (I, 35); y lo hace a través de la interpretación que del episodio nos da Sancho (Durán, 188-189):

Acudid, señores, presto y socorred a mi señor, que anda envuelto en la más reñida batalla que mis ojos han visto. ¡Vive Dios que ha dado una cuchillada al gigante enemigo de la princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza cercen a cercen, como si fuera un nabo! (415)

Frente a un don Quijote dormido y preso del sueño, visualmente grotesco en su desnudez coronada por un “bonetillo colorado,” Sancho se afana por convencer a los circunstantes de la realidad de lo sucedido, dando fe de haber sido testigo él mismo de la victoria de su amo sobre el gigante:

Sin duda alguna el gigante está ya muerto y dando cuenta a Dios de su pasada y mala vida, que yo vi correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caída a un lado, que es tamaña como un gran cuero de vino. (415)

La *cabeza cortada/cuero de vino* contiene la misma ambivalencia que la *venta/castillo* en don Quijote, de ahí la ironía con la que el narrador los pone en relación, “estaba peor Sancho despierto que su amo durmiendo” (417). La comparación del narrador sitúa en el mismo plano el ver, el imaginar, y el soñar, retomando una larga tradición que, con Epicuro, los consideraba de la misma naturaleza: “è un accogliere, un ricevere apparizioni [...] essere folle vuol dire ricevere apparizioni strane, proprio come durante il sogno” (Pigeaud, 131).⁵ Cervantes pasa de la imaginación a la realidad, o viceversa, con una habilidad que desafía la verosimilitud del carácter de Sancho en este episodio. Así, nos presenta a un Sancho plenamente inmerso en la fantasía quijotesca, con la misma visión de una realidad “invertida” pues Sancho considera el *gran cuero de vino* como el segundo término de la comparación, el ausente, que ayuda a definir mejor

⁵ Idea que llega hasta Descartes, que sitúa la locura junto al sueño y a todas las formas del error (Foucault, 51).

el objeto “real” de la *cabeza cortada*. El contraste inicial entre un don Quijote que ve gigantes y castillos y un Sancho en grado de descifrar correctamente los molinos y las ventas, parece empezar a desvanecerse en este capítulo, donde se juega con las ondulaciones emotivas de Sancho, víctima y manipulador, porque su felicidad depende de mantener la credibilidad de su amo, “solo sé que vendré a ser tan desdichado, que, por no hallar esta cabeza, se me ha de deshacer mi condado como la sal en el agua” (417). La solución, el nexo con el que unir estas dos verdades aparentemente irreconciliables lo adopta, como sabemos, del código de don Quijote: los encantadores, dando así una imagen de personaje creativo, o tracista, a la par de don Quijote, cuando al enloquecer decide que el mundo de la caballería existe. Sancho “quiere” que exista, le interesa que exista, de ahí el uso de la astucia y esa búsqueda afanosa de la cabeza, que nos los hace parecer un tontilista. Tonto porque no duda,⁶ porque no piensa que las acciones de su señor son simples locuras y las toma por realidades y realizables; listo porque tiene ambiciones y busca el modo de satisfacerlas. Una reversibilidad similar a la de cuerdo/loco de don Quijote que, para Urbina (139), “hace posible que se explore creativamente la correspondencia y afinidad de la pareja,” esta afinidad tiene su punto de partida, según mi opinión, en la capacidad de autoengañarse, de encontrar una fácil felicidad con una “modesta persuasioneilla:”

No hay diferencia entre estultos y sabios o, si la hay, es favorable a los primeros, primeramente porque su felicidad les cuesta muy poco, ya que consiste en una modesta persuasioneilla, y luego, porque la comparten con la mayoría de las personas. (Erasmus, 124)

Necedades y locuras: *todo es uno*

No parece descabellada la hipótesis de que Cervantes, con Sancho, está construyendo otro personaje de loco, otro tipo de locura que produce una felicidad paralela a la experimentada por Alonso Quijano al transformarse en don Quijote, como explica el mismo Sancho a Tomé Celial, cuando éste intenta disuadirlo para volver a su casa, a la vida tranquila de siempre. Sancho justifica su empeño en seguir a su amo por el dinero encontrado, y por la felicidad que le produce la fantasía de volver a tener otro golpe de suerte,⁷ por eso fantasea con que el “diablo” ponga a su alcance:

Un talego lleno de doblones, que me parece que a cada paso le toco con la mano y me abrazo con él y lo llevo a mi casa, y echo censos y fundo rentas, y vivo como un príncipe; y el rato que en esto pienso se me hacen fáciles y llevaderos cuantos trabajos padezco con este mentecato de mi amo, de quien sé que tiene más de loco que de caballero. (II, 13: 730)

La locura, el soñar con poseer las cosas que deseamos, es ya en sí una fuente de felicidad, por eso hay locos que “son tan ricos en deseos y se forjan unos ensueños tan

⁶ Sobre la relación entre duda y locura, es elocuente la posición que adoptará pocos años más tarde Descartes, quien considera que el hecho de dudar excluye la locura, porque la locura es, precisamente, la imposibilidad del pensamiento; si el sujeto duda, si puede pensar en si está o no está loco, confirma su ausencia de locura (Foucault, 52).

⁷ El concepto de que la fortuna acompañaba a los locos evoca el dicho “ayuda a los osados la fortuna,” y tiene una larga tradición, que recoge Erasmo y encontramos por ejemplo en Guérin de Bouscal, *Le gouvernement de Sanche Pansa* (1642): “souvent la fortune aide aux fous” (v. 277), o en la más temprana comedia *Don Gil de la Mancha*, donde el protagonista conquista él solo, con su locura y su inconsciencia, la plaza de Milán para el emperador (Jurado 2012, 94).

agradables, que con ellos se dan por contentos” (Erasmus, 129); idea que Vilanova (36) utiliza para poner en relación la felicidad de don Quijote, en el momento en que se deja llevar por la fantasía, con la *moria*:

Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos del imperio de Trapisonda; y así, con estos tan agradables pensamientos, llevados del extraño gusto que en ellos sentía, se dio prisa a poner en efeto lo que deseaba. (I, 1: 41)

La simetría entre la locura de don Quijote y la de Sancho en la mayoría de los casos se ha interpretado como “la contraposición dialéctica entre el loco sabio y el necio malicioso y agudo” (Vilanova 95, 117); una contraposición que se iría anulando conforme avanza el relato y que, en una ósmosis debida al largo trato entre los dos, daría lugar a un proceso que, a partir de Madariaga, la crítica ha denominado qui jotización de Sancho y sanchificación de don Quijote. Mi hipótesis es que este acercamiento o recíproca asimilación se produce porque hay una serie de puntos en común ya en la génesis de los dos personajes, en el loco tonto que ambos representan, con múltiples facetas, a lo largo de la novela. Como observa Urbina (170-171), “son entrambos locos y tontos [...] la parodia del escudero parte de la simpleza que posee en común con don Quijote, y no de la creación de un Sancho-Quijote.” Porque para que nazca una amistad, es fundamental la existencia de una afinidad entre ambos, pues de lo contrario

todo diálogo resulta imposible. Y encontramos aquí que las zonas que Cervantes ha delimitado como zonas comunes a los dos son especialmente nebulosas y se sustraen eficazmente a un cotejo con hechos “objetivos”: nos referimos a la ambición de Sancho, en cierto modo paralela a la ambición de Don Quijote, por una parte; y, por otra, a la forma en que Don Quijote llega a convencer a Sancho de que los encantadores realmente existen. (Durán, 122)

Si estudiamos el léxico y realizamos un cotejo con el campo semántico de la locura, “las zonas comunes a los dos” no son sólo mucho menos nebulosas y escurridizas, sino más bien abundantes. Cervantes las disemina a lo largo de la obra, sobre todo a partir de la Segunda Parte, aunque ya se anuncian en la Primera, por ejemplo cuando Sancho asegura a don Quijote que será fiel testigo, ante Dulcinea, de las locuras que este queda haciendo en Sierra Morena:

Póngame yo una por una en el Toboso, y delante de mi señora Dulcinea, que yo le diré tales cosas de las necedades y locuras, *que todo es uno*, que vuestra merced ha hecho y queda haciendo, que la venga a poner más blanda que un guante. (I, 25: 281-282, la cursiva es mía)

Las necedades, asociadas tradicionalmente por la crítica a Sancho, y las locuras, a don Quijote, en realidad son lo mismo; como emerge observando el uso de términos como *loco*, que en la mayoría de casos se aplica a don Quijote, pero también a Sancho. Por ejemplo, cuando don Quijote exclama, tras escuchar a Sancho decir que el gigante era en realidad un cuero de vino: “¿Y qué es lo que dices loco? ¿Estás en tu seso?” (I, 37: 435). Aunque es en la Segunda Parte donde asistimos a una progresión (Garribba, 114), donde las figuras de la identidad se explotan con mayor complejidad y frecuencia: dice entre sí Sansón Carrasco, tras la escena en que Sancho pide salario a don Quijote:

“tales dos locos como amo y mozo no se habrían visto en el mundo” (II, 7: 684); o los molineros, ante los que don Quijote pronuncia la famosa frase “Yo no puedo más,” dejándolos admirados y “mirando aquellas figuras tan fuera del uso [...] teniéndolos por locos los dejaron” (II, 29: 874). La asimilación de Sancho en el ámbito de la locura es evidente, y el mismo narrador lo pone de manifiesto: “Perecía de risa la duquesa en oyendo hablar a Sancho, y en su opinión le tenía por más gracioso y por más loco que a su amo, y muchos hubo en aquel tiempo que fueron deste mismo parecer” (II, 32: 893). Como es también evidente la asimilación de don Quijote en el ámbito de la necedad, al recibir en varias ocasiones el epíteto de *mentecato* o el de *tonto*: “Este mi amo por mil señales he visto que es un loco de atar, y aun también yo no le quedo a la zaga, pues soy más mentecato que él” (II, 10: 703);⁸ o dice Sancho a Tomé Celial: “con vuestra merced podré consolarme, pues sirve a otro amo tan tonto como el mío” (II, 13: 730); y el eclesiástico en la casa de los duques llamará a don Quijote “Don Tonto” (II, 31: 888). Los ejemplos recorren la Segunda Parte, como ha mostrado Garribba (116-117), concluyendo que “Don Quijote y Sancho comparten casi siempre los mismos adjetivos y sustantivos, que tratan de describir esa oscilación continua entre locura y cordura, necedad y agudeza” (120).

Este último emparejamiento recuerda aún la oposición que la crítica tradicional ha visto entre el amo loco/cuerdo y el criado necio/agudo; también podríamos afirmar que se oscila continuamente entre locura y necedad, o necedad y cordura, o entre locura y agudeza, porque con el avanzar de la novela la mezcla, la confusión de estos sistemas aumenta, afectando asimismo al nivel estructural. Recordemos el episodio donde Sancho, conversando con la duquesa, le confía lo que realmente piensa de don Quijote: “Yo tengo a mi señor don Quijote por loco rematado⁹ [...] con todo esto a mí se me ha asentado que es un mentecato” (II, 33: 905). A esta afirmación la respuesta de la duquesa, el silogismo con el que intenta resolver “un escrúpulo en el alma,” poniendo en peligro los sueños del escudero, parece no admitir posibilidad de réplica lógica:

Pues don Quijote de la Mancha es loco, menguado y mentecato, y Sancho Panza su escudero lo conoce, y, con todo eso, le sirve y le sigue y va atenido a las promesas tuyas, sin duda alguna debe de ser él más loco y tonto que su amo; y siendo esto así, como lo es, mal contado te será, señora duquesa, si al tal Sancho Panza le das ínsulas para gobernar, porque el que no sabe gobernarse a sí, ¿cómo sabrá gobernar a otros? (II, 33: 905-906)

La crisis y el apuro que sufre Sancho para salir de la trampa lógica que le ha tendido la duquesa tiene una serie de paralelismos con la crisis que había sufrido el mismo don Quijote, cuando la duquesa ponía en duda la existencia real de Dulcinea. Con la misma estructura del silogismo, la duquesa decía a don Quijote que, si han de dar crédito a la Primera Parte de la novela, de esta “se colige” que:

⁸ Ya citado. Además, con un perfecto paralelismo, escribe Sancho en la carta a Teresa: “Don Quijote mi amo, según he oído decir en esta tierra, es un loco cuerdo y un mentecato gracioso, y que yo no le voy a la zaga” (II, 36: 931).

⁹ Por cuestiones de espacio, y para evitar una digresión, elimino del texto principal la causa, paradójica, que da Sancho para considerar a don Quijote un loco, pues dice a continuación: “puesto que algunas veces dice cosas que a mí parecer, y aun de todos aquellos que le escuchan, son tan discretas y por tan buen carril encaminadas, que el mesmo Satanás no las podría decir mejores” (II, 33: 905). Resuenan sin duda los ecos de una visión de la locura relacionada con la sabiduría, la capacidad de decir verdades atribuidas a los locos, que deriva de una larga tradición popular.

Nunca vuesa merced ha visto a la señora Dulcinea, y que esta señora no es en el mundo, sino que es dama fantástica, que vuesa merced la engendró y parió en su entendimiento, y la pintó con aquellas gracias y perfecciones que quiso. (II, 32: 897)

Este será uno de los pocos momentos en que don Quijote parecerá dudar: “Dios sabe si hay Dulcinea o no en el mundo;” y, como Sancho, que tras una aparente renuncia, evita el escollo con una sarta de refranes, don Quijote saldrá del atolladero con largas y complicadas razones. El paralelismo estructural plantea una igualdad, la ilusoriedad del sueño que acomuna la ínsula y Dulcinea. Los dramaturgos que, en la misma época de Cervantes, leyeron con mayor o menor atención la novela,¹⁰ con el objeto de dar forma escénica, concreta y verosímil, a sus recreaciones quijotescas, notaron esta igualdad, y a menudo la amplificaron, con tendencias diferentes en España, donde se adaptó la figura de don Quijote a “los tipos del loco, el bobo, el tontilisto, el galán y el figurón” (Jurado 2012: 109), acercándolo, o mejor identificándolo con el plano bajo de Sancho; mientras que en el teatro francés, el respeto del decoro condujo a una estructura más articulada, así como a una reflexión de carácter moral, y universalizador, sobre la locura colectiva y el placer de la ausencia de la razón. En *Le gouvernement de Sanche Pansa* (1642), Guérin de Bouscal pone en boca del duque, en una especie de prólogo, una justificación a las burlas con las que se están divirtiendo a costa de los dos locos, en lugar de curarlos, como le acaba de reprochar la duquesa:

Sçache que tout le monde est plain de D. Quichotes,
Qu’il est peu de plaisirs reiglez par la raison,
et que ceux de nos fous sont sans comparaison. (vv. 104-106)

Ahora, si el mundo está lleno de Quijotes, y se connota de manera positiva la locura del caballero, haciéndolo salir de escena libre y feliz; el desenlace de la comedia invita en cambio a evitar la locura de Sancho, que con su *Philautia*, o vana presunción (Foucault, 43), pone en peligro el orden social en una época de revueltas campesinas (Jurado). La enseñanza moral con la que se cierra la comedia recae así sobre el criado, que tras las humillaciones sufridas en Barataria, abandona por fin el sueño: “Ce Berger Gouverneur retourne à ses moutons” (v. 1744), despidiéndose con una imagen desengañada. Guérin de Bouscal amplifica así el mensaje de Cervantes, quien también hacía fracasar a Sancho, humillándolo en el gobierno de la isla.¹¹ Si bien Cervantes concluye la novela con una nota ambigua digna de atención, con la imagen que da don Quijote de Sancho, cuando vuelto de loco a cuerdo, de don Quijote a Alonso Quijano “con tanta facilidad,” decide hacer testamento, y en las “mandas” declara que:

Si, como estando yo loco fui parte para darle el gobierno de la ínsula, pudiera agora, estando cuerdo, darle el de un reino se le diera, porque la sencillez de su condición y fidelidad de su trato lo merece. (II, 74: 1219)

¹⁰ La lectura de las recreaciones quijotescas, sobre todo las del siglo XVII que utilizamos aquí, ofrece la posibilidad de adquirir interpretaciones de la novela que a menudo se alejan de las que hemos venido haciendo desde el romanticismo; pero tienen seguramente el mérito de señalar nuevas posibilidades hermenéuticas “coherentes” con la época que vio nacer la novela. Así, son las recreaciones francesas, de Pichou y Guérin las que me han sugerido la idea de verificar en el texto de Cervantes la existencia de un paralelismo, una igualdad, entre la locura de don Quijote y la de Sancho.

¹¹ Aunque de un modo más ambiguo, pues Guérin tiende a eliminar o matizar las sentencias “sensatas” de Sancho, aunque este es un tema que puedo dejar solo esbozado, por obvias cuestiones de espacio.

Si la aspiración de Sancho al gobierno de la ínsula era la prueba de su ingenuidad, bobería o locura; la solemnidad, y el valor legal del documento en el que don Quijote lo declara apto para dicho gobierno parece contradecir, o la sanidad mental de don Quijote, o la presunta locura de Sancho. Cervantes nos deja aquí otro ejemplo de una técnica de presentación y desarrollo de los personajes, basada en “una definición y el desarrollo posterior del personaje, que la contradice” (Torrente Ballester, 90), que sirve para sembrar la duda, dejando al lector libre de decidir ante una dualidad que el autor no resuelve, dando lugar así a la posibilidad de múltiples perspectivas,¹² como se ha observado en la novela ampliamente a partir de los estudios de Spitzer.

La separación que realiza el teatro francés de los dos aspectos de la *moria*, la estulticia y la locura, se debe seguramente a necesidades morales y de decoro. La locura podía golpear a todos, pobres y ricos, nadie estaba verdaderamente a salvo de ella, y don Quijote es siempre un *Gentilhomme*, un capitán matamoros del que es posible reírse porque representa al enemigo, con su arrogancia y falsa percepción de sí mismo, pero al fin y al cabo se trata de un representante de la baja nobleza, culto y con *bienséance*; mientras que Sancho, porquero y labrador, representa la necedad, la ignorancia que se daba con mayor facilidad entre las clases bajas, pues no pudiendo dar una formación y cuidados adecuados a sus vástagos, producían con más frecuencia esos necios que deformaban vocablos ante los doctos, confundían nombres de personajes famosos con nombres corrientes y cotidianos, o se dejaban engañar por palabras insólitas y arcaicas como la “ínsula” quijotesca. Pobres necios que, siendo incapaces de valorar sus propias capacidades, aspiraban a lo que solo las clases altas pueden aspirar: a la riqueza y al poder. Una interpretación muy diferente que del mensaje del *Quijote*, con la muerte final del hidalgo, hemos realizado en los dos últimos siglos, en el que se ha separado también la locura del uno, idealista, y la del otro, materialista; sin considerar que, a lo largo de la novela, lo que emerge es una ambición común por realizar una fantasía, en ese mundo caballeresco en que amo y criado podrían coronarse emperador y gobernador respectivamente. Ambos representan una locura por identificación novelesca (Foucault, 42) que don Quijote abandona al sentir el aliento de la muerte, dejando a Sancho como parte de su herencia la sensatez del sueño, de la locura compartida.

¹² Otra interesante interpretación de un profesional de la escritura como Giovanni Papini, próxima a la de Torrente Ballester, es la de que don Quijote en realidad se finje loco para romper con las limitaciones del ambiente que lo rodea, y que el verdadero loco es Sancho al creer en su señor. Don Quijote, un artista de la vida, se vale de una deformación voluntaria, e “inventó hacerse caballero para que los hombres, creyendo burlarse de él, le sirvieran de bufones” (205).

Obras citadas

- Asensio, Eugenio. "La poética del paralelismo." *Poética y realidad en el cancionero peninsular de la Edad Media*. Madrid: Gredos, 1970.
- Atienza, Belén. *El loco en el espejo. Locura y melancolía en la España de Lope de Vega*. Amsterdam y New York: Rodopi, 2009.
- Barnés Vázquez, Antonio. "Lecturas de locura, lecturas de cordura." En Jesús Maestro y Eduardo Urbina eds. *La locura en la literatura de Cervantes. Anuario de Estudios cervantinos* 8 (2012): 57-69.
- Barrio Olano, José Ignacio. "Notas para la metáfora arbitrista como representación de la locura en el *Quijote*." En Jesús Maestro y Eduardo Urbina eds. *La locura en la literatura de Cervantes. Anuario de Estudios cervantinos* 8 (2012): 83-95.
- Bigéard, Martine. *La folie et les fous littéraires en Espagne, 1500-1650*. Paris: Centre de Recherches Hispaniques/Institut d'Études Hispaniques, 1972.
- Bravo Vega, Julián. "El primer narrador del *Quijote* y su inducción a la locura." En Jesús Maestro y Eduardo Urbina eds. *La locura en la literatura de Cervantes. Anuario de Estudios cervantinos* 8 (2012): 71-82.
- Casalduero, Joaquín. *Sentido y forma del 'Quijote.'* Madrid: Ínsula, 1949.
- Cervantes Saavedra, Miguel. *Don Quijote de la Mancha*. En Francisco Rico dir. Barcelona: Instituto Cervantes/Editorial Crítica, 1998.
- Close, Anthony. "La construcción de los personajes de don Quijote y Sancho." En Emilio Martínez Mata ed. *Cervantes y el 'Quijote.'* *Actas del Coloquio Internacional*. Madrid: Arco Libros, 2007: 39-53.
- Combet, Louis. *Cervantès ou les incertitudes du désir*. Lyon: Presses Universitaires de Lyon, 1980.
- Durán, Manuel. *La ambigüedad en el 'Quijote.'* Xalapa y México: Universidad Veracruzana, 1981.
- Erasmus de Rotterdam. *Elogio de la locura o encomio de la estulticia*. En Pedro Voltes ed. Madrid: Espasa Libros, 2011.
- Foucault, Michel. *Storia della follia nell'età classica*. Milano: BUR, 2010.
- Garríba, Aviva. "El léxico de la locura en la Segunda Parte de *Don Quijote de la Mancha*." *eHumanista Cervantes* 4 (2015): 109-122.
- González Duro. *Historia de la locura en España*. Madrid: Temas de Hoy, 1994. I.
- Guérin de Bouscal, Guyon. *Dom Quixote de la Manche*. En Daniela Dalla Valle y Amédée Carriat eds. Genève y Paris: Slatkine/Champion, 1979 [1639].
- Guérin de Bouscal, Guyon. *Le gouvernement de Sancho Pansa. Comédie*. En C.E.J. Caldicott ed. Genève y Paris: Droz/Minard-Champion, 1981 [1642].
- Jurado Santos, Agapita. "La génesis de don Quijote y Sancho Panza como tipos cómicos, entre España y Francia, hasta 1642." *Anales Cervantinos* 49 (2017), en prensa.
- . *La locura de don Quijote en las tablas del XVII. Don Gil de la Mancha*. Vigo y Pontevedra: Academia del Hispanismo, 2012.
- MacCurdy, Raymond y Rodríguez, Alfred. "Las dos locuras de don Quijote." *Anales Cervantinos* 17 (1978): 3-10.
- Papini, Giovanni. "Don Chisciotte dell'inganno." *La Voce* 8 (1916): 193-205.
- Pichou, ? *Les Folies de Cardenio: tragi-comédie; suivie des Autres oeuvres poétiques: 1630-1629* [sic]. En Jean-Pierre Leroy ed. Genève: Droz, 1989 [1630].
- Pigeaud, Jackie. *La follia nell'età classica*. Venezia: Marsilio, 1995.
- Scianatico, Giovanna. *Il dubbio della ragione. Forme dell'irrazionalità nella letteratura del Cinquecento*. Venezia: Marsilio Ed., 1989.

- Torrente Ballester, Gonzalo. *El 'Quijote' como juego*. Madrid: Guadarrama, 1975.
- Tropé, Hélène. “Los tratamientos de la locura en la España de los siglos XV al XVII. El caso de Valencia.” *Frenia. Revista de Historia de la psiquiatría* 11 (2011): 27-46.
- Urbina, Eduardo. *El sin par Sancho Panza: parodia y creación*. Barcelona: Anthropos, 1991.
- Vilanova, Antonio. *Erasmus y Cervantes*. Barcelona: Editorial Lumen, 1989.